

Josefina no podía responder más que con lágrimas, y la emoción de los dos fué tal, que ambos enmudecieron: de repente el Emperador se apercibió de que había gente en la estancia: incorporóse fieramente, y exclamó:

—¿Qué hacéis aquí, señores? ¿No puedo estar con libertad en mi cuarto? ¡Salid al momento!

Todos se retiraron sin atreverse á murmurar una sola palabra: un cuarto de hora después salió la Emperatriz de la habitación de Napoleón con el aire más abatido y desesperado que al entrar.

Al día siguiente por la mañana, Josefina dejó las Tullerías para volverse á su bello retiro de la Malmaison: diez años había ocupado el trono de Francia.

A las once salió apoyada en el brazo de madame Deuberg, una de sus damas de honor, pero un espeso velo cubría su semblante, é iba envuelta en un gran chal, que la disfrazaba completamente.

Atravesó rápidamente el espacio que la separaba de su coche y subió á él: se echaron las cortinas, y el carruaje partió con la rapidez del relámpago; más al subir, al lado del estribo vió una fatídica figura de mujer.

Josefina lanzó un grito de angustia.

Era Teresa.

—¡Ya estoy vengada!—le dijo ésta al oído con voz oscura y fatigosa:—¡ya te llegó la hora del dolor, y yo ahora puedo morir en paz!

Otro coche siguió de cerca al de Josefina: en él iban Hortensia y Eugenio, que no querían abandonar un instante en su dolor á aquella madre que había sido para ellos un modelo de ternura, de amor y de abnegación.

Josefina, reclinada en el fondo de su coche, permaneció inmóvil hasta llegar á la dorada y elegante verja que cerraba la Malmaison.

XXI.

Durante la primera semana, el camino de Paris á aquel primoroso asilo, se vió constantemente cubierto de gentes que miraban como un deber sagrado el presentarse al menos una vez á aquella que, aunque privada de la corona, conservaba á lo menos el título de emperatriz. Josefina, pasado el primer ímpetu de su dolor, recibía afectuosamente aquellos testimonios de simpatía, y animaba su pequeña corte con el encanto indecible de su trato.

Josefina, á pesar de residir en su palacio de la Malmaison, pasaba algunas temporadas en el palacio de Navarra, en Normandía.

Napoleón le conservó el título de emperatriz, y le aseguró dos millones de francos de pensión, dándole además la propiedad de algunas posesiones.

Hízole ofrecer el gobierno de Roma ó el de Bruselas: mas los rehusó con dignidad diciendo: *que la que había sido emperatriz de los franceses no podía, ni descender, ni elevarse.*

El Emperador le hizo algunas visitas que cesaron bien pronto, porque á principios de 1810 casó con María Luisa, archiduquesa de Austria é hija del emperador Francisco II.

Aquella princesa, hermosa, joven, pero absolutamente desposeída de talento, y que no amaba á Napoleón, al que profesaba un terror invencible, era muy inferior á la buena, á la noble, á la afectuosa Josefina.

La nueva emperatriz dió á luz un hijo el 20 de Marzo del siguiente año de 1811: al saberlo la esposa repudiada, dió una nueva muestra de la grandeza de su alma, pues exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡no ha sido infructuoso mi sacrificio!

El príncipe imperial fué proclamado inmediatamente *rey de Roma*: Josefina le manifestó una ternura verdaderamente maternal, y algunas veces le iba á ver en secreto: rasgo de bondad y de afecto que la misma emperatriz María Luisa, á pesar de su sequedad de corazón, le agradeció profundamente cuando llegó á su noticia.

En 1812 hizo Josefina un viaje á Italia, y fué tan bien acogida en aquellos pueblos como si aun hubiera estado en todo el apogeo de su grandeza:

bien es verdad, que si se exceptúan algunos cortesanos ambiciosos y corrompidos, Josefina fué siempre adorada de cuantos se habían contado en el número de sus súbditos.

Cuando la fortuna volvió por completo la espalda á Napoleón, Josefina lloró amargamente.

—¿Por qué he consentido en el divorcio? se preguntaba sin cesar: ¡Napoleón es desgraciado, y yo no puedo participar de su desdicha!

Al mismo tiempo que así pensaba Josefina, María Luisa regresaba á Viena con su hijo, abandonando á su desgraciado esposo al furor de sus enemigos.

Cuando los príncipes aliados entraron en París después de arrojar del trono imperial al común enemigo, trataron á Josefina con la misma distinción que si hubiera ocupado el trono: el rey de Prusia y el emperador de Rusia le demostraron un afecto tan tierno como respetuoso, que dulcificó sus penas, aunque no pudo cicatrizar la incurable llaga que había abierto en su corazón la suerte del que había sido su esposo.

El emperador Alejandro fué á visitarla á la Malmaison, y Josefina, aunque se hallaba algo indispuesta, quiso acompañarle por los jardines: de resultas de aquella imprudencia, contrajo una inflamación de garganta que la postró en cama.

El violento dolor que le causó el ver la cobardía con que se calumniaba á Napoleón después de

caído, empeoró el mal, y en breves días tomó proporciones tan alarmantes, que se creyó mortal.

El emperador Alejandor envió á su médico para que asistiese á Josefina: al mismo objeto acudieron los facultativos más famosos de París: más todo fué en vano: á los seis días de enfermedad, Josefina espiró en los brazos de sus hijos, murmurando estas palabras:

—¡La isla de Elba!... ¡Napoleón!

Estas fueron sus últimas palabras, y ellas demuestran que consagró su postrer recuerdo al hombre que tanto había amado.

No podía Napoleón, confinado ya en la isla de Elba, sujetarse al mezquino papel que se le había señalado: en Marzo de 1815 se escapó á favor de la oscuridad de la noche, entró en Francia al frente de algunos aventureros, y excitando de nuevo el entusiasmo de aquellos soldados que tantas veces había conducido á la victoria, recobró al cabo de breves días su imperio.

Su estrella se había ya eclipsado para siempre: y la batalla de Waterloó, en la que fué derrotado, volvió á arrojarle de aquel trono que sólo ocupó cien días.

Entonces, cuando todo hubo acabado para Napoleón, fué á la iglesia de Rueil, donde descansaban los restos de la esposa fiel, que tanto y tan profundamente le había amado.

¡Cuán grande debió ser entonces su arrepen-

timiento al pensar en lo inútil del abandono é ingratitude de que había sido víctima su esposa!

«Meditando sobre la tumba de Josefina—dice la ilustre escritora madame Mongellaz—fué como adquirió aquella resignación, que hizo de él un héroe en la isla de Santa Elena.»

Napoleón, prisionero por los ingleses, gracias á la más negra y cobarde traición, fué conducido á aquella: allí, amargada su alma por los desengaños y los dolores, humillado cruelmente por el indigno trato que le hacían sufrir sus guardadores, sucumbió al dolor y á la desesperación el 5 de Mayo de 1821.

Desde el instante en que decidió separarse de Josefina, puede decirse que la fortuna volvió la espalda á Napoleón Bonaparte, y nada es tan cierto como el que se enajenó el afecto de la mayor parte de sus súbditos, que adoraban á su esposa: era siempre aquella Josefina que al principio de esta historia conocimos tan cariñosa, tan amable, tan bella, tan caritativa, tan llena de talentos y de encantos.

Más de una vez, durante las amarguras que pasó desde que supo que estaba decidido su divorcio hasta su muerte, pensó en el amor de su primer esposo: en aquel amor tan grande, tan puro, tan exento de ambición y de cálculo; y más de una vez reconoció llorando con desconsuelo, que acaso las penas que sufría eran una justa venganza que

el cielo concedía á la memoria del vizconde de Beauharnais, ultrajada por un nuevo amor.

Josefina, en la ocasión de su divorcio fué mucho más grande, mucho más justa, mucho más generosa que el hombre que avasallaba imperios y destruía monarcas: aquella mujer adoraba á Napoleón, y además veía asegurada en su unión con él la suerte de su familia, porque ya queda dicho que el hijo mayor de Hortensia era el elegido por el Emperador para sucederle, y el príncipe Eugenio lo estaba para el reino de Italia: su amor, su dicha, la futura grandeza de sus hijos, todo quedaba destruido de un solo golpe; y, sin embargo, se trataba de la voluntad de Napoleón; se trataba de asegurar el poder del hombre á quien tanto amaba, y tuvo bastante abnegación y valor para consumir aquel sacrificio doloroso, ora se la considere como soberana, ora solamente como madre, ora como esposa, ó como mujer, en fin.

Napoleón sabía hasta qué extremo era amado por Josefina, confesaba que ésta hacía la felicidad de su vida, y sin embargo, no tuvo inconveniente en destrozar aquel corazón que no latía más que por él, ni en destruir el porvenir de aquellos hijos adoptivos que tanto le amaban, que tanto contribuyeron á su gloria.

Nosotros no sabemos qué admirar más; si la abnegación y generosidad de Josefina en renunciar á todo lo que podía halagar su grandeza y su cora-

zón, ó la sumisión y amor de sus hijos, que ni por un instante se rebelaron contra una decisión que tanto daño les causaba. Ni Eugenio ni Hortensia dirigieron á su madre una queja por haberse doblegado á la despótica voluntad de Napoleón, y aceptaron su suerte sin murmurar. El nombre de Josefina será para siempre célebre, y su memoria está inseparablemente unida á la del Emperador su esposo.